



UN BESO EN LA HOMBREERA DEL CAPOTE

El relato que sigue está basado en un hecho real. Mejor dicho, en varios hechos reales. El primero de ellos, que dio origen al resto, fue la Guerra Civil, de cuyo final se ha cumplido este año medio siglo.

También existió la solitaria estación de ferrocarril, y la madre entristecida que fue a despedir al hijo que iba a la guerra. Y el hijo, que no se llamaba Jesús Eguren... Algún nombre había que darle para respetar el anonimato exigido.

Pero, sobre todo, fue cruda y lancinante realidad, la Guerra Civil.

AGUIRRE DE ECHEVESTE

DESPUES de la cena, acaso un tanto copiosa, habían llegado al grato y placentero momento de saborear el café. Los habanos despedían una tenue voluta de humo azulado que se elevaba perezosamente hacia el techo. Estaban solos en el comedor del restaurante.

Era el momento de las confidencias, de los recuerdos, de relatos de lo que a ellos, a los cuatro, les había deparado la vida en todos aquellos años en que no se habían visto. Era la hora de la charla reposada.

Jesús Eguren contempló pensativo a sus tres compañeros de mesa. No les había visto desde... por lo menos treinta y seis años. Se veía que la vida les trató bien. O tal vez, que fueron audaces, decididos, buscando la suerte por muy esquivada que ésta se mostrara.

Todos, los tres, estaban gruesos, como un inevitable tributo a los años que habían devorado aquellos cuerpos delgados, enjutos, de su juventud.

Se les notaba hasta por la ropa que vestían que eran lo que ciertas gentes, la «sociedad», suele llamar triunfadores. Eguren se sonrió levemente. El no era un triunfador. Al menos no lo era si para serlo era condición indispensable el haber acumulado un importante capital. Haberse enriquecido en unos tiempos en los que no hacerlo era fracasar. Tiempos en los que el triunfo se medía de una forma que a él no le atraía.

Por eso no había triunfado. No se hizo rico con aquellos turbios negocios, típicos de una época de miserias y escaseces; pensó, mientras tomaba un sorbo del dorado licor de su copa.

Aquellos tres compañeros de mesa, con los que había convivido durante los tres duros años de una guerra cruel, se notaba que sí habían sabido conocer el signo de los tiempos y los habían aprovechado.

Hicieron bien, se dijo para sí mismo, mientras escuchaba el relato de uno de ellos. Después de todo, también había que valer para nadar—¿o chapotear?—en aquel mundo que fue surgiendo una vez terminada la guerra.

El no sirvió para aquello. Al verse libre de uniformes, disciplinas, cuarteles, saludos y demás parafernalias militares, volvió a su trabajo y a sus aficiones.

Un trabajo que tuvo que dejar a los dieciocho años. Un trabajo en una fábrica. Un oficio recién aprendido, mejor dicho, que estaba aprendiendo para iniciar otro aprendizaje que dejó una marca imborrable en su memoria.

Aprender a matar. A matar a hombres jóvenes como él. Hombres jóvenes que poco más o menos hablaban el mismo idioma, que eran de su misma condición y que, sin embargo, le habían dicho que eran sus enemigos.

Se sobresaltó al darse cuenta de que le estaban hablando a él.

- ¿Y tú qué nos puedes contar de todos estos años, Eguren? ¿Cómo te han ido las cosas, cuál es el recuerdo de aquellos años que no has olvidado? Habla algo, hombre.

El recuerdo que nunca pudo olvidar... Si ellos lo supieran. Era algo tan simple. Tan conmovedor al mismo tiempo... ¿Y por qué no contarlo? No todo iba a ser hablar de grandes negocios, de operaciones lucrativas, de triunfos en cierta clase de negocios que no iban con su estilo, con su forma de entender la vida. Se lo contaría a aquellos tres desconocidos que conoció hacía tantos años.

Comenzó a hablar lentamente, interrumpiéndose de vez en cuando para quitar la ceniza del cigarro puro que estaba fumando.

- Cuano nos conocimos, vosotros lo sabéis tan bien como yo, teníamos poco más de dieciocho años. No puede decirse que nuestro mutuo conocimiento tuvo lugar en unas agradables circunstancias. Todo lo contrario. Eramos muy jóvenes, apenas algo más que unos niños y nos llevaban a la guerra. Estábamos asustados y teníamos que disimular nuestro miedo.

Lo que siguió todos lo recordamos. Estaréis de acuerdo conmigo en que el horror de aquellos años de guerra se quedó grabado para siempre en nuestra memoria.

Eguren se quedó un rato sumido en un pensativo silencio mientras bebía un sorbo del contenido de su copa. Después reanudó su relato.

- De todo aquello que tuvimos que ver y, lo que todavía es peor, en que tuvimos que participar, hubo muchas cosas, muchas acciones que de una forma u otra nos marcaron para siempre.

Vimos infinidad de veces a la muerte a nuestro lado. Muchos de nuestros compañeros no tuvieron nuestra suerte y quedaron para siempre por aquellas tierras que recorrimos durante aquellos años, defendiendo yo no sé qué valores espirituales de una civilización.

Sin embargo nada de todo aquello se quedó en mi memoria con la fuerza y la nitidez de un suceso, mejor dicho, un hecho nimio, simple, incluso, tal vez, vulgar.

Y además sucedido lejos de... aquello, lejos del frente.

Nuevamente se hizo un silencio. Eguren contemplaba pensativamente la ceniza de su cigarro. Sus compañeros de mesa le miraban expectantes. La pausada forma de hablar de Eguren había captado por completo su atención.

Este reinició su relato.

- Recordaréis que durante un año y medio anduvimos viajando de un lado para otro. Unas veces caminando, otras por ferrocarril en viejos vagones. Aprendiendo geografía, como entonces decíamos. Recordaréis también que fue al cabo de un año y medio cuando nos dieron un permiso de dos semanas.

La ausencia de nuestras casas durante tanto tiempo había hecho que nuestros hogares aparecieran en nuestra imaginación como envueltos, rodeados de una aureola en la que veíamos algo que en la realidad ya no existía.

Algo que el drama de la guerra había destrozado. En nuestros hogares lo que más abundaba era la tristeza. La guerra había pasado por todas las familias de nuestros pueblos, dejando en muchas de ellas su helada huella. Las calles estaban silenciosas. Se veía mucho luto en la poca gente que se había quedado en su casa sin huir. Los pueblos se habían quedado vacíos. Los jóvenes habían desaparecido. Unos para siempre, otros, como nosotros

mismos, no se sabía si conseguirían regresar algún día, que cada vez parecía más lejano.

También en mi casa, la guerra, aquella guerra que destruyó nuestra juventud, había dejado su marca fatídica.

Recuerdo que la alegría del retorno se me quedó helada a los pocos momentos de llegar. La tristeza de mi madre, su rostro pálido y demacrado, me dejaron estremecido. El silencio reconcentrado del padre, su mirada pensativa... La ausencia de un hermano, ausencia que entonces supe que era para siempre, me hizo comprender y sentir la tristeza de aquel hogar que era el mío. Yo no había cumplido veinte años...

Hizo una pausa y se sirvió una copa. Encendió su cigarro, que se le había apagado mientras hablaba. Sus compañeros le miraban en silencio. Cuando reanudó su relato tenía la mirada abstraída, los ojos brillantes, la voz quebrada.

- Aquellas dos semanas de permiso se me pasaron en un soplo—dijo, murmuró, en voz baja—apenas salí de mi casa. Me encontraba extraño si no vestía las pesadas prendas del uniforme. Además todos mis amigos estaban ausentes. Unos en un bando, otros en otro y bastantes en el cada vez más numeroso grupo de los que se fueron para siempre.

Recuerdo, como si fuera ayer, la mañana en que terminado el permiso, me despedí de mis padres y me dirigí a la estación para tomar el tren que me llevaría nuevamente a mi destino.

Era invierno y todavía no había amanecido. Una solitaria luz intentaba alumbrar, sin apenas conseguirlo, la polvorienta sala de espera... Los cristales de la puerta estaban rotos los más. Los que estaban enteros se hallaban cubiertos por una espesa capa de suciedad, de polvo. Y entonces...

- ¿Qué sucedió entonces?, preguntó uno de sus compañeros de mesa, ante el pensativo silencio en el que nuevamente se había sumido Eguren. ¿O es que acaso el recuerdo de aquella estación de ferrocarril sucia y solitaria es lo que tan grabado quedó en tu memoria?

- No. Entonces, cuando en la lejanía se oyó el ruido del tren que llegaba... apareció mi madre en el andén y se me acercó, yo creo que con una especie de timidez.

Nunca hemos sido los vascos, creo que en esto estaréis de acuerdo conmigo, muy dados a las efusiones de cariño, al menos no lo éramos en aquellos tiempos.

El hecho es que mi madre se me acercó y... yo creo que no se atrevió a besarme. Agarró la manga del capote que yo llevaba puesto y besó desesperadamente en la hombrera del mismo, mientras decía en voz baja,

- **Nere seme gaxua, nere seme gaxua.**

- Yo subí al tren que de nuevo me llevaba a reunirme con vosotros y con aquel incierto destino. Desde la ventanilla vi a mi madre. La patética imagen de aquella mujer, vestida de negro, enlutada, que era mi madre, sola, llorosa, secándose las lágrimas, en el andén de la estación, es, de todo lo que sucedió en aquellos años, lo que más grabado se quedó en mi memoria. Algo que no he podido olvidar nunca.

Como veis una cosa simple, sin importancia, si la comparamos con los grandes hechos, por llamarles de alguna manera, en los que tomábamos parte. Pero a mí es lo que más me impresionó, lo que no he olvidado nunca. Todavía lo recuerdo como si fuera ayer...